



SELECCION BIBLIOGRAFICA

ALGO DE LO MUCHO ESCRITO SOBRE EL MAL

¿Cómo no escribir sobre el mal? Hombre ciego casa con mujer parálitica a fin de que el uno empuje la silla y la otra advierta de los obstáculos, y luego a eso se le llama simbiosis; dinero y poder son luces que atraen hacia sí a todas las especies de insectos ciegos, pero ¿acaso no son nuestra tentación permanente? Cuando anida en mi pecho y me rebelo contra la esperanza de transformarlo y contra la fe para poderla esperar, estoy dando cancha al mal. Otras veces él se introduce en forma de remedio, y así en el Alto Egipto se ataba a la espalda del asesino el cadáver de la víctima, hasta el mutuo agusanamiento, como si gusano con gusano se quitara. ¿Y el mal de la pureza convertido en purismo? Ojo con ella, pues la mosca que no apartaron lleva la peste a toda la ciudad. Hasta en el ajedrez hay movimientos maquiavélicos como el gambito, sacrificio de una pieza menor en la apertura para acelerar la victoria supuesta. El mal, por doquier: en la revolución violenta que decapitó a Lavoisier, pues la Revolución Francesa "no tenía necesidad de químicos"; el mal rozando lo ridículo en una misma tragedia cuando engañas a tu cónyuge y tu amante te engaña; el mal que lúcido pero impaciente advierte en una conversación un poco larga que el más sabio es varias veces mentecato y, alguna que otra loco; el mal de inercia por el cual siendo Helena sólo una mujer, al desatarse la Guerra de Troya fue presentada al final como diosa venerada; el mal de pesimismo, o cuando Chateaubriand afirmó que los ferrocarriles sólo servirían para llevarnos más deprisa al abismo; el mal tan perverso y tan polimorfo como astuto y recio que ataca por la cotidianidad: al principio sólo permitías estar lejos de tu amada durante el trabajo, luego concediste en las horas extras, más tarde te demorabas de vuelta a casa en el bar, finalmente tenías que verte con cita previa. El mal, no saberse quedar a solas sin asolarse, pero terminar solo como en un desierto inacabable y vacío hasta el límite de vaciar la propia identidad e intimidad del sí mismo sin nadie a quien acudir. ¿Cómo no leer una especie de pornoviolencia cotidiana, hasta el extremo de que ya todos los telediarios y toda la prensa se han convertido en "El Caso"?

Empero, si bien el mal es un misterio incienso sobre cuya densidad ninguna teoría ha logrado hacer del modo adecuado la luz explicativa, lo que define a una época es *el modo con que escribe sobre él*. Y la nuestra escribe sobre el mal: a) desde la perspectiva del más allá del bien y del mal, esto es, con asunción de una mentalidad nihilista; b) desde la nula voluntad de perdonar para no meterse en la espiral del mal, sino desde el recurso a la mera justicia, que se

resuelve en la Ley del Talión; c) con un cierto regusto por el mal mismo, con cuyo fuego juega la generación posmoderna; d) sin una perspectiva personalista que asuma como suyo que el hombre creado es bueno o puede llegar a serlo por la gracia.

No vamos a analizar en este artículo las manifestaciones más propiamente filosóficas de la bibliografía sobre el mal, tan sólo señalar el marco filosófico en que se inscribe la actual *cultura del mal*, la *cultura de Dionisos*: "El artista trágico no es un pesimista, dice precisamente si incluso a todo lo problemático y terrible, es dionisiaco" (Nietzsche). Trátase, según Luis Racionero, de abrir un proceso irreversible a la cultura de Dionisos, ante quien nada habría prohibido, pues su lema sería "prohibido prohibir". Con Dionisos, pues, se abre la *tolerancia total* que permitiría tener varias convicciones a la vez, es decir, ninguna, por eso la actitud dionisiaca debería incluir la *hipocresía* que todo lo acepta, la *ironía* que todo lo destruye, y el *juego*, que todo lo relativiza, por lo cual "frente al o bien o bien de la moral de la autenticidad, la moral del juego y de la ambigüedad reivindica el *no sólo sino también*" (Rubert de Ventós). Y añade este autor: "A la moral de la convicción he contrapuesto la moral en constante tensión por refutar sus propios postulados y por verificar los del vecino. Paralelamente, y en otro plano a la moral cuyos criterios de valoración son la coherencia, la autenticidad, la autonomía y la realización, ha de contraponerse la moral de la heteronomía, la incoherencia, la prodigalidad, y la disolución personal: De la instrumentalización, de la dilapidación y el despilfarro de sí mismo. Según este criterio, bueno no es el acto que se dirija a mi realización, sino el que propicia mi disolución". Nada se quiere saber de la cultura del pecado ni de la culpa, ni del cielo o la recompensa, pues se prefiere el infierno donde las cortesanas lúbricas o los efebos galantes hacen su oficio, al decir de Victoria Camps. La nueva cultura no renuncia a lo tenebrante, a lo que destroza y disuelve. Norman Mailer expresa así en *En las entrañas de la bestia* el carácter siniestro de la realidad. Este Premio Nóbel de la calle relataba en *La canción del verdugo* una experiencia de la que el protagonista mismo no tenía el menor control, tendencia asimismo puesta de manifiesto en el *boom* narrativo de las series negras, y de autores como Patricia Highsmith, o en la (al menos para mí insoportable) *Insoportable levedad de ser* de un Milan Kundera, que en *El libro de la risa y el olvido* no sabe salir de un erotismo ambiguo. Incluso (y puede que el lector tienda a pensar que exagero) allí donde hay un best-seller se trata de una obra o de un autor que se mueve al margen de la clásica axiología del *bonum faciendum male vitandum*.

Cuando no es una apología del mal, es la narrativa de la decadencia y el imperio incontenible del mal primando sobre el bien. William Golding, como es sabido, no tiene en sus novelas otro problema que el del mal, y en cierto sentido se asemeja a Dostoyevski, aunque ambos sean irreductibles. Lo mismo en su célebre *El señor de las moscas* que sobre todo en *El heredero*, si el hombre logra emerger a la frágil superficie de la racionalidad desde la ciénaga de los instintos abismales tropezará con la indiferencia brutal de la naturaleza. El miedo es entonces la enfermedad esencial del hombre en su angustiada zozobra cotidiana, no cabiendo sino un *finale apocalíptico* con presagio ominoso para la humanidad venidera, atrapada en las redes de un odio anónimo y hundida en el horror que se pasea por el universo entero como señorío radical.

Es una perspectiva menos metafísica, pero más narrativa, Jean Genet, uno de los grandes escritores malditos de nuestro siglo, no cesa de existencializar con los rasgos más negativos toda su creación literaria, donde se abre en canal el ornitorrinco de su dolorido yo, que pretende universalizarse: abandonado de niño por su madre, su paisaje familiar fueron los orfanatos, las cárceles, y las sombras. Su obra, una apología del mal, un canto luciferino donde se magnifica la obscenidad de la realidad, y su última obra escrita (inconclusa, por la muerte) *Un cautivo enamorado* —publicada el año 88 en castellano— no pierde de vista los sucesos de Sabra y Chatila...

El malditismo retoma a Charles Baudelaire como raíz, y buena prueba de ello es que *Luz*

flores del mal se han editado ya, y por vez primera, en Alianza Editorial (1982), auténtico manifiesto de la *decadence*:

"La espada reclinare
Y rodará entre tus velos,
¡Oh, refrescante tiniebla!"

A poca curiosidad que se tenga se observará una proliferación notable de última hora en las editoriales que sirven lo que se pide. Ediciones Cátedra publica en 1988 la obra de André Gide *El inmoralista*, obra donde el autor define y manifiesta su heterodoxia sexual y que se resuelve en una apología del naturalismo moral, esto es, de lo meramente animal, y por si se duda, estas palabras son suficientemente definitivas: "Me debatí en este dilema: ser moral o ser sincero; La moral consiste en suplantar el ser natural (el hombre viejo) por un ser ficticio que se le prefiere. Pero entonces ya uno no es sincero. El hombre viejo es el hombre sincero".

Tan abundante se ha vuelto la presión del mal, que cada autor que se precie parece obligado a pensar su correspondiente *cacología*, por eso ha escrito últimamente Jacobo Muñoz que "el verdadero objeto de la ética no es o no debería ser, a diferencia de lo que se ha sostenido tradicionalmente, el Bien, sino el Mal" (1988).

Se busque por donde se busque, el mal está de moda. Friedrich Dürrenmat, en su obra *Justicia* (1986) asegura nada menos que "un crimen sin móvil no atenta contra la moral, sino contra la lógica", y como si no atentase también contra la lógica pretenden defenderse hoy los derechos humanos cuando se apologiza el mal. Y es entonces cuando se descubre, como ve el maestro Eckhart, que el animal más rápido en orden a la perfección es el sufrimiento. Pero si uno va al cine ocurre otro tanto. La película de Pietro Germi *L'Inmorale* narra con todo lujo de detalles el proceso que lleva al personaje principal a vivir y a morir careciendo de todo norte moral. Las artes plásticas, por su parte, se ponen bajo la advocación de la *entropía moral* para inhabitar el mundo viscoso de lo sucio y lo disvalioso. Ya ha pasado la moda (aunque el modo se mantiene) que llevó a los adolescentes a aferrarse a Herman Hesse: Con un pie en Nietzsche y otro en Dostoyevski, el Herman Hesse leidisimo defiende en su serie *abráxica* una ética del futuro donde se involucran heteróclitamente lo consciente, lo subconsciente, lo bello y lo siniestro, lo trágico y lo cómico, lo bueno y lo malo. En su novela *Demian* asegura Pistis que Dios y Satán no se distinguen, y a esa indistinta entidad la denomina *Abra xas*. Sus actos son histéricos y peligrosos, con la misma facilidad criminales que ascéticos, no creyendo en nada salvo en la demencial incertidumbre de toda creencia.

No hay escritores católicos que repliquen ya. El último río generacional de los Mauriac, Green, etc., que en España encontró en José María Cabodevilla su representante, ya no existe. La obra de éste *La impaciencia de Job* sigue siendo un relato jobiano y durísimo, pero portador de esperanza y escrito para la esperanza: No sintonizaría hoy con lo que es usual. Hoy, por el contrario, la gran prensa se complace en hacer la pequeña metafísica cotidiana de la irrelevancia y superfluidad del bien, y de la pregnancia voluptuosa de lo malo. Especialmente deletérea es la pluma de Manuel Vicent, que junto con la de Rosa Montero y otras ocupan la columna vertebral del desencanto burgués. Artículos como el titulado *Hipóstasis* del citado Vicent, o como el que lleva por título *Ratas* de Vicente Verdú, dan una idea de lo que puede llegar a ser un cacoperiodismo activo.

Y si nos vamos a las músicas, allí alternan las empalagosas letrillas de amor de garraón, con las camas contraconyugales, y con argumentos tan contundentes como los que dan nombre a los grupos musicales mismos: Percebes Benz, Tarzán y su Puta Madre, Markando Pakete, Inspección Seminal, Olor a Sobako, La Alpagata Torera, Grasiento y los Sebosos,



Mínimo interés, Pop Less, Phalos Antiniebla, Gran Resaca, Siniestro Total, Comando 9 Milímetros, Acto Fallido, Materia Degenerada, La Polla Record, etc. Su manifiesto común, esta letrilla del antiguo nieto de picaor allá en la mina:

¡Dejadme en paz!
Que no me quiero salvar,
En el infierno no estoy tan mal.

El resto de la bibliografía sobre el mal la pone el PSOE desde su diaria gobernación, pues no sin producir ajeno rubor uno de sus ministros dice: "En el tema de la OTAN el Gobierno ha evolucionado" ¿Evolucionado? Hacia el Neanderthalensis, por lo menos. Aunque, como decía el humorista Barberá, "en este debate sobre la OTAN he aprendido a valorar a nuestros políticos. Los pobres tienen que fingir, contradecirse, decir lo contrario de lo que piensan. Pero todo lo hacen por nuestro bien. Verdaderamente, no nos los merecemos".

Y, sin embargo, la gente ríe que te ríe. Nunca hubo más juventud jajajajijij que ahora. Pero no sabemos qué se oculta tras ese golpe de Profiden encaminado hacia el 1992. Después de ocho años de reclusión, el prisionero tuvo que posar para una fotografía de propaganda; interpretando los deseos de la dirección de aquel establecimiento penitenciario, el fotógrafo le ordenó al preso: *keep smiling*, sonría usted.

Se ha llegado a un punto, en el cual parece que Eubúlides el Milesio ha reaparecido en escena con su argumento *ton pseudómenon* o de *El embustero*: ¿Miente quien dice que miente? No miente quien dice la verdad de que miente; miente a pesar de eso porque no puede decir verdad quien miente... Todo nos recuerda asimismo a la obra de Freud *El chiste y su relación con lo inconsciente*. El panadero dice al tabernero, que tiene un dedo malo: ¿Qué te pasa? ¿Es que has mojado el dedo en tu vino? No —contesta el tabernero—, es que se me ha metido uno de tus panecillos debajo de una uña". ¿Que no le gusta este chiste? Pues tampoco a mí, no se me enfada. En todo caso me viene al pelo respecto a la bibliografía contemporánea este otro, también de Freud: "Un chalan pondera las excelencias de un caballo a su presunto comprador: Se monta usted en este caballo a las cuatro de la mañana, y a las seis y media está usted en Presburgo. ¿Y qué hago yo en Presburgo a las seis de la mañana?". Muchas veces me sorprendió leyendo algo, preguntándome: ¿Y qué hago yo a las seis de la mañana? Es entonces cuando me recomiendan que lea más para acostumbrarme o/y para inmunizarme, y es entonces cuando Freud viene en mi auxilio: "Un individuo entregado a la bebida gana su vida dando lecciones en una pequeña ciudad. Mas poco a poco va siendo conocido el vicio que le domina y disminuyendo el número de sus alumnos. Compadecido de él, comienza un amigo a recomendarle: Podría usted ser el profesor más solicitado de toda la ciudad tan sólo con abandonar la bebida. ¿Por qué no lo hace así? ¿Y es eso todo lo que a usted se le ocurre? —responde indignado el bebedor— ¿Con que si doy lecciones es para poder beber, y voy a dejar de beber para tener lecciones!". Por mi parte lo digo al revés del borracho, pues tengo amigos con cirrosis hepática por culpa del alcohol y no me seduce esa perspectiva: Lo que a mí me ocurre es que todo el mundo quiere convertirme en borracho alegando que así no se notará que desentono. Se trata de evitarlo, sin embargo.

Sólo quisiera añadir que es difícil no responder al mal con el mal, difficile est satira non scribere. Ciertas pseudofeministas, niñas bien de colegio de monjas, aficionadas al dormitorio sin matrimonio y a los trapitos de siempre, viven resentidas contra una religión que ama el bien y que sin embargo jamás entendieron; adictas a su pequeño breviario de podredumbre, están de vuelta de todo sin haber ido a parte alguna que no sea su triste envejecer egoísta y sus pequeños nihilismos de garrafón, haciendo triste publicidad impúdica de sí mismas; lo que se les pide es estar en el techo de la movida que hoy va de mala, aunque para ello



necesiten pillar ideas como quien pilla la gripe. Verdad es que a veces, durante siglos, no teníamos más que veinte años, y que otras veces, viendo tanto y tanto, cumplimos en un solo año doscientos siglos. Tales de Mileto aseguró que la noche fue antes que el día, y desde entonces los tales y los cuales corren desde su noche para amanecer antes, no queriendo reconocer sin embargo que en el principio fue la luz. Y se aferran a Cioran, y a Sade, y al Marqués de Savater, para tratar de hacer creer que eso es voluntad, cuando a falta del bien la voluntad muta en noluntad.

En su "Summa ateológica" Bataille trata de hacer lúcido el yo angustiado, especialmente en *El culpable*, forma de exilio que quiere habitar el exilio poblándole de risas sarcásticas. En *Ese maldito yo* el rumano E. M. Cioran se despacha en aforismos sobre la malditez de malditeces y todo malditez como si tal fuera el constitutivo formal del hombre y de la humanidad. De Cioran abajo, camino cortado, senda cerrada. No.

Frente a las nuevas Sumas Ateológicas no cabe señalar hoy demasiadas Sumas Teológicas, ni siquiera Teologías Mínimas que sirvan un poco como las éticas mínimas para tiempos provisionales, ni siquiera Guías para Perplejos, cuanto menos Guías para Descarriados (el artículo de Guía (ilustrada) para Perplejos de Javier Muguerza en la última Revista de Occidente no sabemos si nos deja perplejos). Abundan, eso sí, los géneros sarcásticos, entre ellos el *Diccionario del Diablo* de Ambrose Bierce (Ediciones del Dragón, Madrid, 1986), del que dice así Fernando Savater: "Pocos libros me han divertido tanto y tan duramente como éste. Cada vez que me siento envilecido por un exceso de optimismo leo un puñado de sus definiciones".

De todos los modos, hay libros que si bien no están dictados directamente bajo la preocupación por el mal, sí están pensados desde el Bien, teniendo que arrostrar forzosa-mente entonces lo que se denomina el "misterio de iniquidad". Parece que los teólogos católicos no son en modo alguno insensibles a ello, y la respuesta que ofrecen es mucho más interesante que la de la mayoría de los clásicos. Por citar tan sólo tres ejemplos de teólogos serios vamos a referirnos a González Faus, Torres Queiruga, y Ruiz de la Peña.

En la obrilla *Pasco por la resurrección y la muerte* (Editorial Sal Terrae, Santander) se habla desde la muerte y la resurrección concretas de El Salvador y de Nicaragua, y en el paso de aquel país a éste median estas palabras: "Con estas reflexiones subí al avión de TACA camino de Nicaragua, parodiando al salmista, mientras despegábamos: "Que se me pegue la lengua al paladar, si me olvido de ti San Salvador".

En *Creo en Deus Pai* (Editorial Sept, Vigo, 1986, luego traducida a Sal Terrae) Andrés Torres Queiruga rechaza (como lo había hecho en otros libros, por ejemplo en "Recuperar la Salvación") la lectura dolorista, victimista, de la cruz, y resalta la presencia de Dios como anti-mal, poniendo el acento en la sustitución del mal por el Amor, Dios que (frente al dilema de Epicuro) quiere y puede resolver el mal, pero no como los poderosos, sino como el siervo que devuelve bien por mal.

Finalmente Juan Luis Ruiz de la Peña en *Teología de la creación* (Editorial Sal Terrae, Santander, 1986) escribe lo que sigue: "El hombre situado detrás del narrador, que pide a Dios que intervenga, no sabe que está interviniendo. Pero como sujeto espectador o verdugo. La teología que exige la intervención de Dios en este momento para evitar este mal no es teología cristiana, pues ignora que el Dios verdadero es un Dios sim-pático, con-suficiente, no apático... sino sufriendo el mal en mí y conmigo; tampoco suprimiéndolo, sino mostrándolo asumible, desvelándome que incluso en ese mal hay sentido, o mejor, que a través de esa noche oscura amanece ya la aurora de la salvación. La teología cristiana se nos propone así como la inversión de la teodicea deista; ésta declara a Dios inocente del mal del hombre; aquella declara a Dios sufriendo del mal del hombre. La teodicea cree a Dios capaz de evitar el mal al hombre. El Evangelio cree al hombre capaz de inferir el mal a Dios y proclama Dios a alguien que ha sufrido ese mal".



En esta misma línea, en fin, se halla la obra de Carlos Díaz *Preguntarse por Dios es razonable. Ensayo de Teodiceia*. Ediciones Encuentro, Madrid, 1989.

Pero como se trata de hacer el bien y no colaborar con el mal, lo mejor es terminar aquí este artículo. Y no hagas la mili, OTAN no, bases fuera.